

Tomás González. *Temporal*

Coros de Agua

Por: Rosa María Londoño*

Recibido: 31-10-13 / Aceptado: 21-11-13

Es el mes de septiembre de 2013 y los estantes de las librerías bogotanas exhiben *Temporal*, novela escrita por Tomás González, colombiano, nacido en tierras antioqueñas en 1950, conocido como poeta y narrador. Estos datos biográficos sobre el escritor se suman a otros que dicen que González cuenta y versifica desde temprana edad, por puro deleite, y agregan que la intención primera de su acto creativo ha estado lejana del lucro, pues este hijo de la cultura paisa ha tenido claro desde un principio que para ganarse la vida ha sido mejor trabajar en diferentes oficios para obtener una voz propia, libre y sin presiones mientras los réditos editoriales le permiten dedicación tranquila a la literatura.

Temporal aparece editada por Alfaguara; la imagen de la carátula induce a borrar la ambigüedad del término cuando vemos una canoa flotar sobre el inmenso mar, donde pequeñas colinas de agua jaspean siguiendo su propio curso independiente, en apariencia, de los nubarrones grises colgados de un cielo amenazante, suavizado por el tapujado horizonte, con bajas nubes blancas y pleno de luz amarillenta.

El impulso primero del lector ante la imagen de *Temporal* quizá podría ser la ensoñación acompañada de una pregunta sobre el recorrido de la historia aún no leída; el cuestionamiento luego será resuelto. Entre tanto el recuerdo de libros y de algunos versos escritos por González viene a la memoria: “El primer recuerdo es el agua. / Mucho antes que lo sábalos nadaran, / mucho antes de que creciera el maíz / y las acacias, / mucho antes de que pudiera separarla / equivocadamente, de la tierra, (...)”. (González, 2006, p.15)

Tras los versos donde la primera evocación del poeta es el agua, está el mar, elemento fundamental para el desarrollo de la historia de *Temporal* tanto como lo fue en su primera novela *Primero estaba el mar* (1983). En ambas narraciones, el océano determina y actúa de manera diferente. *Temporal* empuja al lector cautivo de la obra de Tomás González hacia la pregunta por el mar, por el sentido de este acervo de vida y muerte cuyo significado está unido con los dos epígrafes, abrebocas de la historia, en los que la realidad dicha por Rimbaud: “¿Qué es la eternidad? / Es el sol mezclado con el mar.” Se adhiere como goma a la de Javier Solís:

* Magíster en Literatura. Autora de Poesías y Esperanzas: Giovanni Quessep. Correo electrónico: rosalandono.e@gmail.com

Vendaval sin rumbo
 Que te llevas tantas cosas
 de este mundo,
 llévate la angustia
 que produce mi dolor
 que es tan profundo.

En *Temporal*, los epígrafes hilvanan juntos observaciones viejas y nuevas dichas por el antioqueño; pero sobre todo reflejan de manera particular la realidad de los personajes centrales de la novela. Las palabras de Rimbaud y Solís evidencian la carga de dolor y la unión existente, permanente e invisible entre abismo y altura reinante en los espíritus de Nora, el padre y los hijos: Mario y Javier.

Los versos de Solís: “llévate la angustia” son parte de esa última antesala cultural hecha por González antes de que el reloj marque las 4 a.m. y *Temporal* inicie. Aquellos dejan ver a través de la súplica el deseo interior y casi nunca explícito en la novela, compartido por los miembros de esa familia protagonista, de abandonar la carga emocional y alcanzar el sosiego. El ruego de llévate la angustia de algún modo se cumple en *Temporal* cuando el padre bautiza a su nuevo hijo y entonces el encuentro entre abismo y altura es posible, aunque efímero.

El padre se tomó el café (...) fue hasta la cuna de Manny, (...) El bebé sonrió. (...) Con el cuenco de la mano mojó la cabeza del niño, que no lloró... (...) el poderoso llanto del bautizó resonó en las playas libres de turistas. (...) « ¡Por favor, Dios!», pidió, ordenó casi el padre a su manera directa y poco sentimental. «Que este no me salga débil también, como los otros dos, ¿sí?». (pp.145-146-147).

El enlace momentáneo entre profundidad y cumbre abre la puerta a la serenidad y facilita a ese hombre-padre el instante crédulo en el que se vislumbra lo posible como felicidad; trance donde el animal humano identifica a su más próximo y entrañable semejante como su salvador.

Los epígrafes hacen parte de las novelas de Tomás González tanto como el agua, elemento suscitador de imágenes convertido en palabras, en discurso. El mar es un universo impreso en Tomás González desde las incesantes vivencias transcurridas durante los tiempos de recreo con su familia, en la Costa Atlántica colombiana, cuando era un adolescente tanteando escribir y escribiendo las valoraciones de una época siempre actuante en su obra:

Cuando yo tenía seis años, mi papá compró una casa que había sido de pescadores, frente al mar, en el Golfo de Morrosquillo. Pasé allí muchas vacaciones, entre los seis y los dieciséis años de edad, y aquello fue el paraíso terrenal. Tres meses al año los vivía en Tolú. Por eso llevo el mar y la Costa Atlántica muy

adentro. Todos en mi casa los llevamos muy adentro, tanto que mi hermano Juan, arrastrado por la nostalgia, terminó comprando una finca en el Golfo de Urabá, que era mucho más agreste que el de Morrosquillo. Y literalmente terminó en el mar. (Malpensante, N° 122, agosto 2011)

El agua hecha río u ofrenda lluviosa vive en estrecha complicidad con las acciones sucedidas en las distintas publicaciones de Tomás González. Adriana Mejía comenta en la presentación de los cuentos Historia de El rey de Honka-Monka “Nada qué ver con el agua el título, aunque sea ella elemento constante en toda su obra, devastador y purificador al mismo tiempo. Porque Tomás González se lava por dentro y se vierte hasta el fin en cada uno de los personajes que crea...”

En *Temporal*, el nombre establece relación directa con el contenido de la novela en el que se exalta al mar como personaje, sin él la historia perdería sentido; sin embargo el personaje mar, antes de adquirir tal calificativo, es masa atrayente, ruidosa y cercana a alguna superficie de tierra arenosa que fue vista por el padre con el fin específico de hacer dinerito:

Antes de comprar la hectárea y media del hotel, el padre analizó el sector durante varios meses. (...) Así que miró las palmas, miró la amplitud de la playa, constató que el subsuelo tuviera abundante y accesible provisión de agua dulce, calculó la cantidad de unidades que podría construir en una primera etapa, hizo números, pagó la tierra y comenzó a levantar las tres cabañas, que se pagaron pronto y dieron dinero para otras siete. (p.114)

Cuando el lector de *Temporal* descubre la visión del padre sobre el mar, reconoce también otro matiz asomado en su mirada; el de recrearse de vez en cuando ante el esplendor y la grandeza de la naturaleza: “El padre había mirado el atardecer sin querer darle demasiada importancia. El de hoy, sin embargo, había sido tan llamativo que le dedicó dos o tres segundos más que lo acostumbrado por él para esos atardeceres de postal, que tanto le gustaban a los turistas”. (p.85)

Existen otros personajes atraídos por el mar, en la obra de González Gutiérrez. En el libro de cuentos Historia de El rey de Honka-Monka, surge don Eduardo buscando el mar; huye de su pasado y el profesor abandona todo, mas no su oficio, para refugiarse “cerca de acantilados donde las olas resonaban día y noche como un enorme caracol que se atenuara o acentuara según la fuerza de las mareas o la dirección de los vientos” (1995, p.81). Don Eduardo se ampara en el mar porque desea recuperar la confianza en sí mismo otorgante de libertad, para lograrlo contempla el mar, fuma ante él, se embriaga y deleita con su azul. Pero luego, cuando la realidad para don Eduardo vira, la mirada se opaca y la relación entre mar y don Eduardo rescata lo sonoro: “(...) lo dejaron en la casa ahumada (...) Esa, y la siguiente, y muchas noches don Eduardo estuvo atento al ruido de las olas o a las algarabías de la selva”. (p.88)

El gong marino resuena para don Eduardo cuando la tragedia empaña su vida; en *Temporal* despierta las percepciones de Nora la loca, quien escucha mensajes perturbadores en su cabeza de las apariciones corales e invasoras en su cuerpo:

(...) -canto el coro-. No sientas compasión. ¿La sintió él acaso por ti o por tus hijos, que amenazan en este instante con aniquilarlo y aniquilarse? Recuerda, Sajamarakajanda, que él no tuvo el menor reparo en traer a la joven concubina y a su hijo y restregártelos en el rostro como rila de gallina.

-Como rila. Exacto-asintió Nora, pensativa, triste, indignada hasta el sollozo. Se silenció la multitud (...) ocuparon el primer plano los truenos y el ruido del mar. (p.122)

El mar marca atmósferas personales en *Temporal*, su lenguaje sonoro es rumor escondido en principio y tan sólo removido por la acción del relámpago, el trueno y el viento. Estos tres encantos de la naturaleza anticipan y sellan las desgracias de J y Elena, en Primero estaba el mar: “cuando el agua se desplomaba de nuevo sobre el mundo, ellos recaían en su lubricidad desesperada y se encerraban otra vez en el cuarto” (2011, p.77). J y Elena sueñan conquistar el Paraíso, por ello los dos jóvenes enamorados llegan a un lugar donde hay sol y mar; pero el deseo no basta y los efectos del calor agobiante, de los chubascos sin descanso sobre la tierra sin frutos y de las deudas económicas en aumento, desmoronan sus espíritus, repliegan la pasión y el significado de la palabra conquista proclama su inscripción de dolor y muerte.

En *Temporal*, la tormenta se vislumbra, pero quieta aviva las emociones negativas; cuando adquiere fuerza el viento, se expresan las frontera entre el bien y el mal en la novela, donde la oscilación del mar y las horas del reloj marcan el ritmo de las 147 páginas del texto, cuyo desarrollo abarca las 24 horas de un día, contado a través de 27 episodios, a los que se les debe sumar uno último, el cierre de la novela, narrado un mes después de aquel día, cuando el odio y la desconfianza armonizados con las fuerzas cósmicas atizan el pensamiento y el accionar humano.

Javier rompió la promesa de no tocar más la marihuana durante la pesquería (...). Javier le dio tres fumadas largas a la pipa, (...) apagó la linterna para sentir el mar negro que los rodeaba y contemplar los resplandores del temporal lejano. (...) Si en ese preciso momento el padre hubiera dicho algo, (...) habría sido inevitable que Javier entrara en el infierno, pero el padre no dijo nada. Con un esfuerzo pudo entonces regresar a este mundo nuestro donde las cosas son lo que parecen (...) y una tormenta sólo una tormenta, y admiro a fondo los resplandores silencios de esa tormenta (...). (p.101)

El primer fragmento de *Temporal* inicia un sábado a las 4 a.m., cuando Mario, Javier y su padre se preparan para ir de pesca, mientras en el hotel Playamar quedará Nora, la madre salida de sus cabales, loca más que loca, pero llena de percepciones

sabias; permanecen en la propiedad del padre, huéspedes y sirvientes, ocupando las cabañas.

La estructura narrativa de *Temporal*, dispuesta por Tomás González, es diferente a la de sus otras novelas publicadas hasta el momento; revela un eje central unido de manera juguetona a otro eje coral, lazarillo de la temática central: la relación entre padre e hijos. Cada eje tiene su propio narrador; en el eje central aparece un narrador sabelotodo, dios familiar, quien conoce muy bien a la mujer desquiciada, a sus hijos y al padre de éstos; este contador presta su palabra a cualquiera de los personajes del núcleo familiar de vez en cuando o dice con certeza sus pensamientos y consideraciones quizá porque, en parte, pertenece a esa entraña: “A pesar de la locura de Nora y de la compleja relación con sus hijos, el padre considera que, visto con la debida perspectiva, y sobre todo teniendo en cuenta las riquezas que les ha traído el hotel, todo ha salido bien con sus vidas” (p.33). El dios íntimo enmudece y entonces un narrador en primera persona asume la historia del eje coral; voz cambiante, un turista cualquiera, visitante esporádico o constante presencia en algunos períodos de descanso en aquel lugar costero.

El manejo del límite entre las voces narrativas reafirma la verosimilitud de la historia en el lector. Además, con ello, González Gutiérrez marca, en *Temporal*, la diferencia entre el núcleo básico de la sociedad y los otros, los turistas. Su forma de construcción dice tácitamente, se puede descubrir y comunicar lo cercano, lo conocido y observado; pero existen límites para decir sobre las percepciones e impresiones de los extraños, para duplicarlas y armonizarlas. Por eso el dios narrador es solo dios íntimo y compañero omnipresente para la familia, mas no dios omnipotente. Ante el implícito reconocimiento, los turistas ajenos al núcleo familiar cuentan con su propia voz, pues el dios íntimo ignora el significado de sus gestos y silencios, tampoco sabe sobre su pasado o de sus anhelos y menos probable, de adivinar el futuro, por eso calla.

En *Temporal*, las voces de los narradores personales se escuchan desde tierra firme, son el eje coral; hombres, mujeres y niños lo constituyen aposentados en la playa, merodeando por allí o recogidos en sus cabañas. Los turistas intervienen y completan de forma convincente y clara la estructura del paisaje psicológico de los tres pescadores:

Soy el turista que llegó a acampar a las islas con su mujer y con el niño (...)
En el mar no se veían luces de embarcaciones. Habían decidido dejar en los muelles los barcos de la flota de pesquero industriales que tenía su sede en Tolú, para no exponerlos a alguna desgracia en caso de que la borrasca al fin decidiera visitarnos en el golfo (...) Todo eso me lo había contado Javier (...)
Le pregunté sobre lo que estaba leyendo y entonces hablamos de Macbeth (...)
hablaba con rapidez y pasión de la escena en la que lady Macbeth se lava la sangre de las manos. (p.107)

Cuando las voces abandonan su papel coral y se tornan voz individual, quien lee conoce sobre la existencia de aquel turista. Este relator habla directamente, pues su estadía pasajera en el hotel de Playamar requiere que él mismo se presente ante el lector, le diga sobre lo propio o lo ajeno: “Soy Yónatan, otra vez, el nieto de doña Libe, la señora de las cabañas de allá abajo. Tengo ocho años y la estatura de un niño de siete, pero soy muy despierto, aunque sea bajito, y volví a matar cangrejos ¡con un hambre! (p.108)

En *Temporal*, la voz coral hecha corifeo encanta y cuando el lector la descubre el sonido es imagen: “Cuando Nora abrió los ojos volaban por todas partes los demonios de hielo y carbón de los relámpagos, y el canto del coro sonaba poderoso entre los truenos.” (p.121) y entonces el lector dice: ¡En hora buena Tomás González!; qué buena ocurrencia un corifeo expresando su pensamiento cuando el dios íntimo y familiar cede su voz a un corifeo mujer, loca y contrapunto de un padre machista, antioqueño y sabio. La creación de este personaje es perspicaz y lúcida; Nora-corifeo cuenta a través de la multiplicidad de sombras que vienen y van dentro de su imaginario perturbado, pero certero. La voz del corifeo asume lo probable, percibe lo posible y en conjugación con el estado de la naturaleza exterioriza para que el lector de vele y disfrute:

De pronto el coro empezó a cantar con tanta fuerza que Nora no alcanzaba a oír lo que decía la cocinera y mucho menos lo que a cien metros murmuraba el mar: -Sol enrarecido. Venganza. Ventarrón, piedra y muralla. -Sí- respondió Nora con calor, sin oír lo que la cocinera seguía diciéndolo-. Cancelación y estupor. La cocinera terminó de decir lo que venía diciendo, fuera lo que fuera, sonrió y se alejó (...). (p.46)

En la obra de Tomás González, la existencia coral presente en *Temporal* tiene su precedente en *Los caballitos del diablo*; aquel coro impersonal, con intervenciones cortas y precisas, formado por la comunidad, la gente, es avance informativo cambiante del contexto histórico-social, uniendo siempre dos realidades irrefutables: muerte y dinero, relacionadas con la novela eco del país: “Abajo en los cafés, la gente hablaba de cheques devueltos, porcentajes, asesinatos”. (2003, p.86). “Abajo en los cafés, la gente hablaba de asesinatos, cheques devueltos, porcentajes”. (2003, p.98)

La ilación entre contexto y personajes adquiere mayor o menor énfasis en las obras de Tomás González; cada narración lo expresa de peculiar manera, aunque el lector fácilmente podría pensar en ajustar esa historia a otro espacio con características similares sin perder verdad ni fuerza lo narrado. Sin embargo, en *Temporal* el mar es sujeto-objeto sensible, es fuerza no cognitiva del odio de aquellos tres pescadores; pero su material cambiante y sinfónico con el viento, el trueno, el relámpago, la lluvia y los peces, aporta a la imaginación del narrador los componentes esenciales para fundir acción con estados emocionales:

De repente está solo. El dolor del tobillo se hace tan externo como los truenos y los relámpagos, y los hijos desaparecen. Del abismo viene subiendo hacia la superficie, hacia ellos, algo que el padre desconoce y le produce horror, y deberá subir a la lancha. No es un pez. Delira. Con las olas altas se le confunden los límites y olvida que están a escasos quince metros sobre los corales y no sobre un abismo. «A mí no me van a avasallar, hijueputas», dice con voz que quiere ser firme. Sin embargo, tiene miedo. Rara vez ha sentido miedo en su vida. (p.116)

Mientras están ancladas las emociones negativas al pensamiento igual que la tormenta al cielo de Tolú, sólo aparecen astillas de odio, gestos y expresiones del resentimiento presente entre el padre y los hijos. Cuando el acontecimiento central de la novela aparece, se funde el odio con el obrar humano y el indómito sentimiento sólo hace caso a sus demandas destructoras.

Las contradicciones del odio aposentado en Javier y Mario contra el padre, dan cabida en Javier, lector de Shakespeare y amante de la filosofía y la literatura, al temor impregnado de compasión y culpa ante las acciones del hermano:

-Para ya la joda.

Javier había adivinado su intención de hacer que el padre se dañara más el tobillo o incluso de lanzarlo al mar si eso llegaba. «Ahora le va por defender al viejo marica», pensó Mario, (...)» (p.91)

Esta perspectiva otorga una mayor calidad moral al personaje, en *Temporal*, como si la sensibilidad humanística estuviera unida a una capacidad intencional reflexiva, objetiva y superior o a un no sé qué especial y crítico diferente al de aquellos hombres y mujeres lejanos de las letras y del arte: “Su relación con él no era fácil, pero a diferencia de Mario, había aprendido a controlar sus propios sentimientos.” (p.22). Esta visión del narrador es, en general, en la realidad cotidiana, falsa; en el mundo de carne y hueso aquellas presuntas cualidades son escasas en los humanistas, más bien son egocéntricos, altivos y despectivos con el otro. La concepción sobre Javier en *Temporal* no sorprende pues es particularidad sobresaliente en las obras de González Gutiérrez y ostentada por varios de su personajes: J en: Primero estaba el mar; Elías en: La historia de Horacio; José en: Abraham entre bandidos; David en: La luz difícil...

De igual manera *Temporal* detenta el sabor ardiente y fuerte del aguardiente pasando por la garganta de algún personaje, como hecho necesario derivado de la cultura paisa reflejada de manera sugestiva en las obras de Tomás González. En las cuales, los personajes reaparecen y se amplían; en *Temporal*, David tiene 30 años, pasa unos días de descanso con su mujer y el hijo pequeño, sano y hermoso junto al mar y pintando el paisaje: “Pinté varias acuarelas de la tormenta, que estaba muy lejos, pero que, según todos decían, en cualquier momento se nos podía venir

encima (...)” (p.54); mientras en *La luz difícil*, David narra su pasado. Él recrea el recorrido hacia la muerte de Jacobo, su hijo parapléjico que decidió morir: “Hasta que ocurrió lo de Jacobo, andaba yo muy pendiente de lo que se opinara sobre mi obra, leía las reseñas con una avidez que hoy me parece tontería pura, y sentía que no me estaban reconociendo lo suficiente en el mundo del arte”. (2011, p.24)

La intercomunicación entre personajes en las obras de Tomás González es eslabón luminoso para su producción literaria; cuando González retoma un personaje, prolonga la existencia del sujeto de papel. Le confiere mayor semejanza con el ser de carne y hueso, recupera el sentido de contar quizá sobre la vida... de un individuo, de un personaje literario y le genera un reto al lector quien debe volver a colorear aquella figura fija, aquel protagonista o aquella figura secundaria e incidental, en su memoria.

Los colores variarán según los lectores; cada uno verá matices diferentes cuando recuerde los personajes construidos por el escritor antioqueño, pero cuando reemprenda el día de pesca de *Temporal* seguramente pensará sobre esas 24 horas y algo más, con satisfacción, pues esta última publicación del autor es contundente. El odio domina y se transmiten las particularidades intensas de esta emoción de manera natural, no hay simulacro. Por ello, el narrador revela las sombras del sentimiento flameando los espíritus de Mario, Javier y el padre, sin talanqueras morales. Se permite hablar a la locura de Nora sin vergüenza, en su discurso se mezcla la verdad con las sombras y cuando lo cierto dice, se rescata el valor de la percepción; Nora es espectro cargado de dolor para sus hijos y peso para el padre de Mario y Javier. Pero sobre todo *Temporal* es para el lector deleite estético en el que la naturaleza adquiere su esplendor propio y el odio descubre las brumas pegajosas de manera pasajera o permanente en las relaciones familiares.

Noviembre 17 de 2013

Referencias

- González, T. (2011). *Primero estaba el mar*. Colombia: Prisa Ediciones.
- González, T. (2011). *La luz difícil*. Colombia: Santillana.
- González, T. (2013). *Temporal*. Colombia: Santillana.
- González, T. (2003). *Los caballitos del diablo*. Bogotá: Norma.
- González, T. (2010). *Abraham entre bandidos*. Colombia: Santillana.
- González, T. (2000). *La historia de Horacio*. Bogotá: Norma.
- González, T. (2006). *Manglares*. Bogotá: Norma.
- González, T. (1995). *Historia de El rey de Honka-Monka*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- González, T. (2012). *El lejano amor de los extraños*. Colombia: Alfaguara.